2ºD.CARESMA. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 17,1-9.

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.
Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.
Pedro, entonces tomó la palabra y dijo a Jesús:
-Señor, ¡qué hermoso es estar aquí! Si quieres, haré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.
Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía:
-Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo.
Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto.
Jesús se acercó y tocándolos les dijo:
-Levantaos, no temáis.
Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús solo.
Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó:
-No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.

LA VIDA, DON TOTAL

Nos encontramos ante una teofanía, un relato construido al estilo de otros recogidos en el Antiguo Testamento, para mostrarnos el rostro de Dios. Tiene una gran semejanza con la *«teofanía del Sinaí»*, en la que se cuenta cómo Moisés subió al monte Sinaí junto con tres compañeros, que los cubrió una nube y que, desde ella, Dios les habló. Parece que se trata de reflejar el interés de los discípulos de Jesús por presentarle como el *«nuevo Moisés»* que supera al Moisés del Sinaí.

El texto nos muestra *«la realidad de Jesús»*, tal como la captan Pedro, Santiago y Juan, sus discípulos preferidos. Jesús es *«el Hijo amado, el predilecto»*. Pero debemos recordar que ellos *«no entendieron a Jesús»* hasta después de la experiencia Pascual. Entonces se dieron cuenta de que todo lo que descubrieron tras su muerte, estaba ya presente en Él cuando andaban por los caminos de Palestina.

Por tanto, parece claro que nos encontramos ante un relato pascual, *«interpretado por la fe»,* pero retrotraído a la época de su vida pública, con la intención de resaltar la divinidad de Jesús. Lo que hay de Dios en Él, está en su humanidad. *«Jesús es transparencia de lo divino».*

La *«única gloria de Dios»* es su amor. Y la *«única gloria del hombre»* es manifestar que en él está ya ese mismo amor. El *«don total»*, la muerte por amor, es la mayor gloria de Jesús y la de todo ser humano.

La transfiguración no fue un hecho puntual en la vida del Maestro de Nazaret, sino el estado de su ser. *«Jesús vivió permanentemente transfigurado»*. Lo que mostraba a Jesús como un hombre transfigurado era *«su bondad»*, *«su compasión»*, *«su autenticidad»*, *«su integridad y coherencia»*, *«su libertad»*, *«su vivencia de Dios»*. Todo ello se manifestaba cada vez que se acercaba a alguien para ayudarle. La única luz que transfigura a Jesús es el amor y manifestando ese amor, Jesús ilumina.

Una persona transfigurada es, pues, *«una persona profundamente humana»*. Y es que todo lo auténticamente humano es *«transparencia de Dios»*. O, dicho de otro modo, *«la vivencia con humanidad nos diviniza»*.

Cabría decir que, aunque lo ignoremos, *«todos somos personas transfiguradas»*. Lo único que necesitamos es *«descubrir nuestra verdadera identidad»*, tomar conciencia de que somos de Dios y de que es el amor, el motor de la vida verdadera.

Nos ocurre *«como al león del cuento»* que, siendo cachorro, fue criado por una manada de burros salvajes. Creciendo entre ellos, creyó ser uno más, llegando a pensar que ésa era su identidad. Un día la manada de asnos fue atacada por un león. Todos huyeron despavoridos. Cuando el león atacante observó que, entre la manada de burros, había uno de su especie que, a pesar de ser más fuerte que él mismo, también era presa del pánico, se propuso liberarlo.

Tras no pocos esfuerzos, logró hacerse con él, lo llevó a un lago cercano y le hizo verse reflejado en el agua. Apenas se vio, descubrió quién era, un león como el que había atacado, y todos sus miedos desaparecieron automáticamente, emergiendo su fuerza y su valentía. *«Abandonada su falsa identidad, encontró su verdadero ser»*.

Así es cómo actúa Jesús, *«haciéndonos descubrir nuestro verdadero ser»*, que lo vemos reflejado en Él. Jesús es nuestro espejo. En Él encontramos *«las pistas que nos conducen a tal descubrimiento»*, la vivencia del amor, la bondad, la compasión, la autenticidad, la libertad, la confianza, el silencio, la experiencia de Dios. La transfiguración no es, pues, la condición de un iluminado, sino *«la realidad de aquella persona que se ha negado a sí misma y vive desde el amor»*.

Lo esencial del mensaje del Evangelio de hoy está en *«ver en Jesús»* el espejo en el que mirarnos, en ver en Él la presencia de Dios entre nosotros. Por eso *«hay que escucharlo»*.

Escuchar a Jesús es transformarse en Él, es tratar de llevar una vida como la suya o, dicho de otra forma, *«ser capaces de manifestar su amor»* a través del *«don total»* de uno mismo. La plenitud de la persona está en su *«entrega total»*, en cualquier circunstancia, *«en la dicha y en el sufrimiento»*. No se trata de conseguir ninguna recompensa.

Ni Jesús aguantó el sufrimiento porque esperase su resurrección ni a nosotros se nos pide que aguantemos porque después se nos recompensará con la vida eterna. No se trata, pues, de aspirar a ninguna meta lejana, sino de *«descubrir una realidad presente»*. Se trata de ver en la entrega, aunque sea con sufrimiento, *«la meta»* de todo ser humano.

El amor, que es don total y gratuito, es *«lo único»* que nos hace hijos de Dios y hermanos de nuestros semejantes. Darse a los demás esperando una recompensa, no tiene nada de cristiano. La meta no está en la gloria, sino que la gloria está en *«deshacerse por los demás»*. No es tarea fácil, pero hay que trabajarla con ahínco. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
8 de marzo de 2020